



**María Alba y José Crespo, en "Olympia",
la famosa comedia de Molnar, filmada por
la Metro-Goldwyn-Mayer**



María Alba, la bellísima estrella catalana, que marcha a pasos agigantados hacia la cumbre de la cinematografía hablada en castellano, acaba de lograr con la realización de «Olympia» uno de sus mayores triunfos de la pantalla. La princesa Olympia, de la famosa comedia de Molnar, el gran escritor húngaro, ha encontrado en nuestra compatriota una intérprete ideal, que ha sabido darle toda su altivez y toda su pasión, su espíritu curioso y complejo, tan moderno e inquieto, tan vivo y humano. Con ella, encarnando la figura enamoradora del capitán Kovacs, ha triunfado plenamente José Crespo, el galán joven español, cuyo arte fino y expresivo ha conseguido al fin imponerse en el cinema americano, después de largo calvario y cuando ya iba a renunciar a su sueño. Ha sido al «film» sonoro, la nueva modalidad del cinema, al que Crespo debe su triunfo, como antes Vilches, y ha sido nuestro idioma el que los ha hecho triunfar, permitiéndoles desenvolverse ante la pantalla y el micrófono su arte y su talento escénicos, ya bien contrastados en el teatro. José Crespo y María Alba acaban de ser consagrados con «Olympia», que tan clamoroso éxito ha alcanzado al estrenarse en Barcelona, como primeras figuras del cinema universal. La Metro Goldwyn-Mayer, al lanzar estos nuevos valores, la bella catalanista y el no menos bello galán, que viene a disputarle su puesto a John Gilbert, ha conseguido un nuevo éxito para su marca, al mismo tiempo que populariza en el mundo de habla española a esta atrayente y simpática pareja, llamada a proporcionar grandes días de gloria al cine parlante.

Vedla aquí en una de las más interesantes escenas de amor de la conocida obra de Molnar.

(Foto Metro-Golwyn-Mayer)



El género lírico renace.-Las huestes líricas de Pepe Romeu o la Zarzuela en Price

Muy avanzado el cuarto mes de temporada teatral, ábrese en la corte el primer teatro lírico. ¡Intrépidos caballeros del viejo género zarzuelero estos comediantes de Price! Vedlos armando sus tinglados, reclutando a la flor de galas féminas, sacando del semiostracismo en que los confina el cine sonoro a un lucido plantel de profesores de orquesta, animando a libretistas y músicos y dispuestos, en fin, a dar la temeraria batalla en pro de un espectáculo tan castizo como olvidado y desatendido por los más.

Bien merece el acontecimiento que lo traigamos a estas páginas, por lo que en sí tiene de alentador y peregrino en el chato panorama de nuestra farándula.

Circo de Price a prima tarde. Ensayo. Corre por aquí un vientecillo de alegría que contrasta con la hosquedad y desmantelamiento de la sala desierta. ¡Qué sería del teatro sin este loco devanar de ilusiones antes de iniciar la sabrosa aventura que significa toda empresa dramática! Aquí el coro de muchachas, circundando al maestro concertador y aprendiendo de su labios el giro musical de

las piezas de repertorio; más allá las parejas de baile, trenzando con mucho salero unas manchegas auténticas, en alto los brazos, el seno erguido y un jacarandoso movimiento de izquierda a derecha de aquella parte rotunda y prudente que inmortalizó a la Venus Calípice; al fondo, el coro de varones, destinados a exaltar el amor colectivo, en largas rondas por las plazuelas de forillo e iglesia de los poblados zarzueleros. Y en medio del ilustre senado, el tenor, gallo enhiesto y fulgurante en el tradicional corral de la farsa; el barítono imponente y machuno; la tiple, ave lucidora de todos los colores del iris; la *mezzosoprano*, el gracioso, la divina bagatela de la cantante del donaire, el actor de carácter, la dama de lo malhumorado o grotesco, el bajo, más tipples, más tenores, más...

¡Vaya si debe de ser peliagudo poblar como es debido esta gran nave de una compañía lírica! Acaso en esto resida exclusivamente la causa de la rareza de estos elencos.

—¿Verdad, Pepe Romeu?

En efecto. La zarzuela decaece, no porque el género haya dejado de interesar a los públicos, que cada vez son más devotos de esta modalidad artística ge-



Rosita Cadenas, la deliciosa tiple cómica de Price.

nuinamente española, sino por la dificultad de índole económico, que hace imposibles formaciones de este tono con la frecuencia que fuera de desear. Mientras una compañía de verso no alcanza de nómina arriba de 700 u 800 pesetas, una compañía de zarzuela, por modesta que sea, rebasa las 1.500 pesetas diarias, amén de una serie de gastos y atenciones inexistentes en los grupos de comedias. Bien claro está que el precio de las localidades en los espectáculos líricos debería ser el doble, justamente, que en los de verso. Lo que no es así, en la realidad. Ver *Doña Francisquita*, por ejemplo, cuesta lo mismo que *Para ti es el mundo*, y de ahí que, en la paridad de éxito, la empresa de esta última comedia se enriquezca, mientras la de la zarzuela no haga sino vivir con cierto desahogo.

—¿No influirá también en esta crisis del género lírico la ausencia de él de los autores de mayor fuste: Arniches, los Quintero, Muñoz Seca, Benavente, Linares Rivas...?

—Evidentemente que sí; pero no en la proporción que pudiera imaginarse, dado el alto rango de esos autores. La necesidad de partir los derechos de representación con el músico, acaso haya alejado de este campo a los primates que acaba usted de nombrar; pero así y todo, la zarzuela cuenta hoy con muy distinguidos cultivadores que sabrían mantener el género a la altura que le corresponde, si no se opusiesen esas razones



La nueva compañía lírica de Price, con Torrecilla, Linazarroso, Ocaña, Ruiz, Torrecilla, maestro Fuentes, señoritas Quesada, Zaldívar, Nievo, Argota y Perico Barreto, Miranda, Romeu, Neiva, Ramos, Hidalgo, Labra, Alaria y Moreno.

TEATRO COMICO
LORETO-CHICOTE

|| Extraordinario éxito de risa ||

LA ACADEMIA

|| de García Álvarez y Muñoz Seca ||

LOS ARTISTAS EN SU HOGAR



El gran tenor Pepe Romeu.

crematísticas de que le he hablado y por las cuales no hay florecimiento perdurable posible. Sólo un éxito desaforado a todas luces puede mantenernos reunidos, a diferencia de lo que sucede en la comedia, que con obras de un mediano suceso logra defenderse una empresa mientras llega el título de gran resonancia.

Sigue el ensayo ordenado y ruidoso. Perico Barreto hace alardes de comicidad inimitable en un papel de criado ruso de la obra *Los blasones*, de Loygorri y Tellerías, primer estreno del elenco. La Avedra saca una preciosísima voz de falsete en su incorporación de solterona ígnea. La Nieto y la Zaldívar, estallantes de guapas bajo sus abrigos color de caramelo, fingen delicuescenciar deliciosas en brazos de los contratantes de turno, que acabarán raptándolas y ofreciéndoles después el anillo de desposada, como es de rigor en toda zarzuela canónicamente perfecta. Miranda, Laura Alaira y Moreno hacen a maravilla unos viejos gruñones de esos que terminan siempre abrazándose en la última escena, para que la miel de la reconciliación endulce los labios espectadores...

¡Intrépidos caballeros del viejo género zarzuelero, salud y láureas! ¡Ah!, y el puñado de oro necesario para mantener con todo decoro los gloriosos pabellones de Barbieri, Chapí y Caballero.

PEDRO MASSA

Antoñito Vico, el actor joven de Lara, no quiere que le hablen de Hollywood

Pasó el otoño; otoño político de huelgas y de sinsabores gubernamentales y viene el invierno con sus lluvias y las crisis... Neblinas de horas; nubes de invierno... ¡Intranquilidades!... Sólo se nota la falta de algo; algo, «hechos de glorias y de tiempos»... Ya se fué. ¡Qué más da!...

«¡Todo sea por la idea!», como dijo el filósofo.

UN COK-TAIL ORIGINAL

Son las doce de la mañana. Las gentes van por las calles chapuceando el agua con cierta melancolía. Ha llovido bastante. Las nenas de Madrid, tan arregladas, no se las puede mirar a la cara; van tristes porque sus piecitos y sus medias dibujan manchas antiestéticas originadas por la lluvia. ¡Coquetería femenil!...

Me resigno ante la perspectiva aburrida que se presenta ante mi vista: gris de cielo; hombres y mujeres que van de prisa y asoman como si tuviesen miedo a caminar por los asfaltos, que presentan un velo rutilante de agua. ¡Mañana de invierno, triste y monótona sin el sol de otras mañanas que hacían de nuestra alegría ilusiones de nuestra alma!

En esta muda contemplación estaba, cuando un bocinazo y después la voz de Antoñito Vico que me dice:

—¿Qué hacía usted por la calle con esta mañana de perros que hace?

—¿Que qué hacía? Ya ve usted. Espe-

rando a algún buen amigo que me lleve en su coche.

—Pues vamos—me invita cortés Antoñito.

Montamos en el magnífico automóvil de Antoñito Vico. Corremos muchas calles. ¡Qué bien se ve llover así! Después para frente a un hotel muy coqueton. Se lee «Vital Aza».

—Estamos en el Sanatorio Vital-Aza—le apunto—. ¿Tiene a alguien enfermo?

—A mi mujer...

Después continúa:

—Corriendo me iban a haber visto a estas horas por la calle si no hubiera sido por esto. Soy un gandul...

Y ríe Antoñito al reconocer su debilidad.

Vico sube al Sanatorio. Yo me aguardo en el coche. Al poco bajan los dos—marido y mujer—muy abrazaditos, con sus caras sonrientes, pletóricos de felicidad.

Antoñito es un gran conductor. En menos de diez minutos nos ha dejado a la puerta de su casa.

Carmencita—su mujer—quiere festejar su salida del Sanatorio y me dice:

—Va usted a tomar con nosotros el «cok-tail».

—Un «cok-tail» original. Se trata de una composición que hemos inventado mi mujercita y yo, a base de... (pausa). No, no se lo digo. Quiero aparecer siempre como el verdadero inventor.



Antoñito Vico, el soberbio galán de Lara, y su bella y gentil esposa, charlan con nuestro colaborador José D'Ors Vera. (Foto Luque.)

CON TIEMPO

debe Vd. adquirir las localidades para ver en el ALKÁZAR

La Maricastaña

comedia de éxito formidable, original de FELIPE SASSONE

—¿Qué nombre lleva?
—«Ilusión de teatro».
—Muy original.
—Ya sé; nosotros —mi mujer y yo— no hacemos más que cosas de teatro (a su mujer) hasta nuestro cariño es teatral. ¡Viva el teatro!...

Carmencita se ha despojado del abrigo. Me dice que tiene mucho calor. Vico no está conforme y le aconseja:

—¡Por Dios, Carmencita! Ese abrigo, pónitelo. Tú estás aún delicada. Ya sabes el médico lo que te ha dicho: «Cuidado con las corrientes».

—Pero hombre; si ahora no hay ninguna corriente. Todas las puertas están cerradas.

—No importa, Carmencita. Hazme caso.

—Bueno; me pondré el kimono.

Carmencita ha salido y se ha puesto el kimono; un kimono verde que combina admirablemente con su tez ambarina. Yo he avisado al fotógrafo para que venga a casa de Antoñito y tire unas placas.

—¿Y el cok-tail?

—¡Ah..., el «cok-tail»! ¡Muchacha, el jugo de piña, el rohón, el champagne, la ginebra, la naranja, la vainilla... ¡Pronto, pronto!...

—¿Pero vainilla?...—pregunto.

—Sí, hombre; precisamente la vainilla es el todo de esta composición.

En un momento ha tenido preparado Antoñito todo lo que pedía, empezando su labor. Agitar la cotelera, para que así queden bien mezcladas las bebidas. De vez en cuando Carmencita le ayuda.

Ha quedado terminado el «cok-tail». Ahora en las copas tiene esta bebida un color ambarino. Lo pruebo; no está mal.

Pero noto que entra un sopor agradabilísimo, muy propenso al sueño de las grandes ilusiones.

Pasó el rato de humor. El humor tiene sus límites y hemos llegado a él. Ahora hay que hablar de algo serio y a cuyo fin pregunto a Antoñito:

—¿No le ha salido ningún contrato para trabajar en el «cine»?

—Ninguno pero tampoco los quiero. Yo he nacido con mi espíritu modelado para el teatro, con mi vocación completamente firme... ¡Yo seré siempre actor de teatro!

—Diga usted que no es cierto eso de que no le ha salido ningún contrato para el «cine»—afirma su esposa.

—Sí me ha salido. ¿Para qué decirlo? No me gusta que me hablen de «cine»; teniendo un teatro tan esplendoroso como el de los Quintero y Benavente. Sería engañarme, empequeñecer a mi ideal, contrario por completo al cinematógrafo. ¡Quiero vivir para el teatro, de acuerdo completamente con mi actitud y mi vocación!

Las palabras de Vico han tenido un acento tan firme, que no me atrevo a preguntarle de este asunto más; sólo en un momento de pausa, recuerdo sus éxitos en el teatro; un fino y exquisito temperamento artístico que hará de este Antoñito Vico de hoy—joven y alegre—un actor que recuerde a aquél que fué honra y prez de nuestra escena española.

EN LA INTIMIDAD DEL HOGAR

El hogar de Antoñito Vico, es modelo de arte y de buen gusto. Por las paredes no se ve el cuadro pintarrajeado en colores chillones, ni los muebles son de ese modernismo estúpido que lo componen la profusión de «bibelots», que pudiéramos decir son caprichos de cortesanos. Muy linda, al par que muy recia, es la casita de Vico, donde la felicidad va tejiendo día tras día horas de paz y de dicha para el matrimonio: como símbolo de esta dicha, un hijo. Un pequeño Antoñito, travieso y enamorado de sus juguetes y de una Angelines infantil como él. ¡Este chiquillo es la alegría más grande de Vico, el que ilumina sus horas tristes, la compensación de todos los ideales y de todos los triunfos!...

—Yo «quelo» jugar con «Niles»—lloriquea el chiquillo ante el regaño de su mamá, regaños de madre, que son caricias de las más tiernas, porque le hace que le pinte las uñas de rojo.

Y Vico y su esposa se ponen a reír ante las ocurrencias del peque.

JOSE D'ORS VERA

Joaquín Mariño, el gran autor cómico, ha muerto

Acaba de morir en plena juventud Joaquín Mariño, que había alcanzado primeramente en el cuplé éxitos resonantes, al dedicarse al teatro los renovó y aun los superó, sobre todo en el género cómico, donde consiguió triunfos tan grandes como «Las castigadoras», seis veces centenaria en los carteles madrileños, que le colocó en una noche en la vanguardia de los autores del género y en una de las



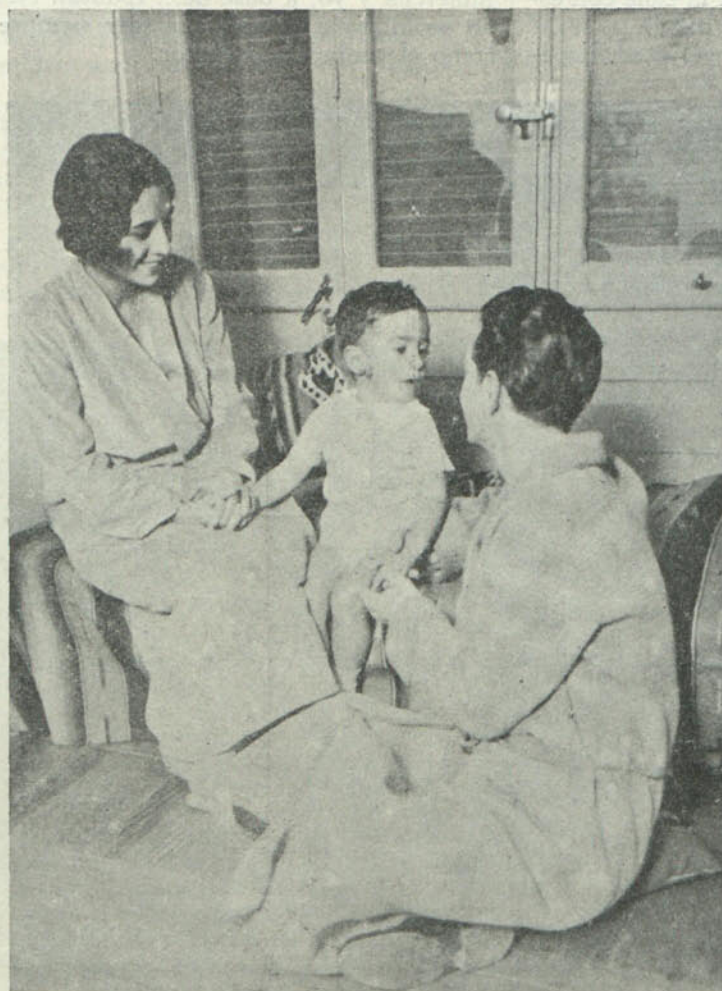
más fuertes liquidaciones de la Sociedad de Autores.

Esta obra divertidísima, que ha servido luego de modelo a otras muchas, ha quedado incorporada para siempre al repertorio cómico. Otros éxitos de Mariño son «La esclava», escrita con José Luis Llovet, música de Mediavilla, que le estrenó Sagi-Barba; «Dadydoll», que se hizo centenaria en Maravillas y «Las pantorrillas», con Loygorri y los maestros Soutullo y Vert, que lo ha sido en Eslava y Fuencarral. Ahora ensayaba en Martín, con Loygorri y el maestro Azagra, una obra en la que empresa y compañía tienen puestas grandes esperanzas.

La muerte le ha sorprendido cuando estaba entregado con más entusiasmo que nunca al teatro y preparaba nuevas comedias.

Si en esta casa apreciábamos el ingenio agudo y delicioso de Joaquín Mariño, como autor cómico, más apreciábamos aún al hombre y al amigo. Era un gran corazón, todo bondad, y la noticia de su muerte nos produce un verdadero sentimiento. Así se lo expresamos a su joven y desconsolada viuda.

¡Descanse en paz el malogrado autor, caballero amigo y noble compañero!



Antoñito Vico y su bella esposa, en la intimidad del hogar sonríen al amo de la casa: el hijito que la alegra con sus risas y travesuras

TEATRO ESPAÑOL

Mañana vier es

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

DE CALDERON

LOS ESTRENOS DE LA SEMANA

COCK-TAIL ESCENICO

EN EL REINA VICTORIA «PIRUETA»

Un gracioso y entretenido vodevil norteamericano, ha servido al experto Fernando de la Milla de tema para la realización de esta obrita blanca—afortunadamente—, ni mejor ni peor que otras del mismo pergenio e idéntica marca.

Con un asunto manido—la esposa que se dispone a abandonar a su esposo, el amante pérfido y tozudo, el marido inalterable y pacientísimo, etc.—pero inofensivo, en el que tienen muy lucida intervención, como casi siempre, los celos, pueden muy bien tramarse unas cuantas escenas y otros tantos episodios, que den ocasión de lucimiento a un autor y a unos actores de bien consolidados prestigios.

Y este es, sin más complicaciones, el caso de «Piruetas», adaptada y escenificada por Milla para Fernando Soler y sus huestes, y estrenada con feliz suceso en el elegante teatro de la Reina Victoria.

En la interpretación, excelente, cumbró el arte dúctil y multiforme del aludido Fernando Soler, a la altura de sus enviables prestigios y se significó notablemente el de la gentil Sagra del Río. Se mostraron francamente bien Carmen Cachet y los señores Soler (A. y D.).

EN EL FUENCARRAL.—PRESENTACION DE COMPAÑIA

Bajo la dirección del maestro Tena, se presentó en este popular teatro chamberlero una nueva compañía lírica integrada por excelentes y conocidos artistas.

Fueron las obras elegidas para su inauguración, las preciosas zarzuelas «La del soto del parral» y «Doña Francisquita», admirablemente interpretadas por las principales figuras del nuevo elenco, entre las que merecen especial mención María Badía, la bella contralto de extraordinarias facultades; los señores Antolinos y Cuevas, y con carácter sobresaliente, la gentil y ponderada Laura Prieto, triple muy joven y muy guapa, que causó una excelente impresión en el público.

Los demás intérpretes de dichas obras, también fueron muy justamente aplaudidos.

Es de esperar que la compañía del animoso maestro Tena realice una brillante temporada.

EN LA PRINCESA.—VELADA TEATRAL DE LA CASA REGIONAL MURCIANA

El 14 de los corrientes y organizada por la Casa Regional Murciana, se celebró en el teatro de la Princesa una velada a beneficio de la sección de Cultura y Bellas Artes de dicha entidad.

El cuadro artístico de aquel Centro, interpretó la zarzuela regional «La alegría de la huerta». La actriz murciana, de la compañía de Caralt, Juanita Azorín, recitó escogidas poesías de autores murcianos, y finalmente, como homenaje al maestro murciano Manuel Fernández Caballero, se representó la hermosa y popular zarzuela «El cabo primero».

EN EL CALDERON.—LAS OPERAS RUSAS «LA KOVANTCHINA», «BORIS GODUNOV» Y «SNEGOURITCHKA»

Con un éxito rotundo y brillantísimo, se inauguró solemnemente la temporada de ópera rusa en el suntuoso teatro Calderón.

Al frente de la admirable agrupación lírica, figura el eminente ex director del teatro del Estado de la Corte Imperial, monsieur Cirilo Slaviansky D'Agrenoff, virtuoso de la música rusa y ferviente devoto de todos los genios musicales de su país, en especial del gran Moussorgsky y del inmenso Rimsky-Korsakoff.

Hasta ahora la compañía del Calderón lleva presentadas las óperas rusas de gran espectáculo «La Kovantchina», de Moussorgsky y Rimsky-Korsakoff, «Boris Godunov», de Moussorgsky y «Snegouritchka», de Rimsky-Korsakoff.

Por dar en otro lugar de este número reseña detallada de estos espléndidos espectáculos rusos, nos abstenemos de hacerlo más detenidamente en esta sección.

EN EL ALKAZAR.—«LA MARICASTAÑA».

Felipe Sassone, el gran escritor caprichoso, de espíritu libérrimo, ha escrito una comedia que, sin desdeñar los viejos resortes teatrales, está muy por encima de las viejas y nuevas comedias al uso. Es una obra personal, marca Sassone, con sus defectos y con sus virtudes, que, aparte de la nobleza de su intención, nos ofrece, plenamente logrados, tipos y caracteres que acusan a un escritor de teatro de primera calidad. Claro es que este autor despreocupado, que parece despreciar los efectos seguros, no puede olvidar que es un artista, y aunque en la construcción general no se muestre un arquitecto dramático, maestro en la medida y la ponderación, crea en cambio tipos de sorprendente valor humano y afronta situaciones y momentos de belleza y emoción indiscutibles.

Tal «La Maricastaña», con sus tipos de Ignacio Evans, el cura; el tío Antonio, el abogado y el indiano, así como María, la protagonista, que son de lo más vivo, penetrante y certero que ha salido de la pluma de Sassone.

Hortensia Gelabert, en la heroína, tan bella en el epílogo, con su blanca peluca;

Carmen Sanz, Elisa Sánchez, Juan Bonafé, el gran actor, muy superior a sus prestigios de artista cómico, verdadero señor de nuestra escena; Fernández de Córdoba y, especialmente, Gonzalo Llorens, destacaron en la interpretación de la nueva comedia.

CRISPIN



Se asegura que la empresaria del teatro Muñoz Seca, Consuelo Portela («née Chelito»), se ha dicho: «Año Nuevo, vida nueva». Y está dispuesta a entrar de novicia en las Ursulinas.

También nos aseguran que don Jacinto Benavente ceñirá muy pronto la correa de los Benedictinos en el monasterio de Montserrat.

Por cierto que Celia Gámez, hace poco, propuso a don Jacinto el matrimonio, con el objeto de conseguir un ser con el talento de él y la belleza de ella, a lo que Benavente repuso reflexivo:

—¿Y si luego pasa al revés, y sale con mi belleza y con su talento, señora? ¡Sería horrible!



Miguel Las Santos, Gerente del teatro-cine Parisiana, de Zaragoza, simpático activo y emprendedor como pocos. Gracias a sus múltiples méritos y talentos, Miguel Las Santos, que lleva de actuación como hombre de negocios teatrales siete años en la S. A. G. E. y dos en Zaragoza, ha conseguido llevar el público a cuantos espectáculos regenta, demostrando que hombres como él son los que hacen falta en negocios como los de su intervención, para hacerlos importantes e interesantes.

TEATRO DE LA ZARZUELA

Compañía de Aurora Redondo y Valeriano León

Grandioso éxito de risa

¡¡VIVA ALCORCON,
QUE ES MI PUEBLO!!

por

Ramos de Castro y Carreño



UN "FILM" INTERESANTE

"Olimpia", la famosa comedia de Ferenc Molnar

Los violines hacían oír su nota melancólica. La princesa Olimpia cerró los ojos. Olvidó el salón y su calidad de princesa. Sólo sabía que se hallaba en brazos del apuesto capitán Kovacs... ¡en brazos del amor!

—¡Míralos!—murmuró Lina con tono irritado—. Verdaderamente, van demasiado lejos. ¿Ha perdido Olimpia la vergüenza?... ¡Hum! ¡Se parece a su madre cuando tenía su edad!

Olimpia y el capitán continuaban bailando. Los músicos tocaban ahora, sólo para ellos, un vals vienés. De pronto, los danzarinés hicieron alto. Turbados, al verse solos, se apresuraron a reunirse a los demás en el balcón.

Al ver entrar a la madre de Olimpia, Lina se turbó. Los ojos de la princesa Eugenia se clavaron en ella. Sabía bien qué era lo que ocurría si aquella Lina tomaba el asunto por su cuenta. La reputación de su hija estaba en juego. Era necesario poner coto a esto. Cerró los ojos, tanto para descansar como para tratar de recordar su propia juventud.

Olimpia entró. La princesa fué directamente al asunto.

—Olimpia, no volverás a ver al capitán Kovacs... jamás. Es necesario que se abstenga de acompañarnos a Venecia, como lo proyectábamos. Lina murmura ya; seguramente ella no es la única. El capitán te ama; no puede ocultarlo. Probablemente, tú también le quieres. No te censuro. Pero tienes que despedirlo, fríamente, sin piedad. ¿Comprendes, hija mía?

Los ojos de Olimpia se oscurecieron, pero no pronunció palabra.

En aquel momento llegó el capitán. Olimpia abandonó el salón. Kovacs la siguió.

—¡Olimpia!

La joven se irguió.

—Princesa Olimpia. Olvidáis vuestro lugar, capitán Kovacs.

—Bien..., princesa Olimpia... ¡Mi bella princesa!

—Sois un insolente.

—¿Qué... queréis decir?

—Que habéis rebasado los límites, caballero. Solamente porque condescendí a mostrarme amable con vos, parecéis olvidar vuestra posición.

—Pero, princesa... ¡No es posible!... Después de las horas que hemos vivido juntos... No... No podría vivir sin vos... Os amo... ¡Os amo tanto!

—¡Vamos! ¿Qué podáis esperar de mí, vos, un profesor de equitación? ¿Deseabais, sin duda, ofrecermos vuestro nombre?... «La señora de Kovacs»... No había pensado en ello... ¡Qué bien me iría!, ¿verdad?... ¡La señora de Kovacs!

—Perdonadme, princesa... Me dejé llevar de mi imaginación..., de mis sueños... Pero, decidme, ¿qué os movió a obrar así? Juraría que vuestra emoción era sincera. Anoche, al bailar, vuestro corazón latía acaloradamente contra el mío.

—Capitán Kovacs, bailaba con un oficial. ¿Comprendéis?... No con vos, sino con vuestro uniforme.

El tiro dió en el blanco.

—Marchaos. Sois un aldeano, un patán... Lo seréis toda la vida.

Kovacs se retiró humillado, furioso.

Madre e hija se hallaban a solas. Los acontecimientos del día les habían dejado profundamente fatigadas. Llamaron a la puerta repentinamente. Las princesas se sobresaltaron. Entró un oficial.



María Alba, la princesa Olimpia, en una interesante escena de la famosa película de la Metro-Golwyn

—Soy el coronel Krehl, de la Gendarmería Imperial. Tengo algo que comunicar a Vuestra Alteza.

—Os escucho—replicó la princesa.

—Según informes que acabo de recibir, Mejrovsky, un famoso estafador, se encuentra entre nosotros. Viste el uniforme de oficial de Húsares y se hace llamar capitán Kovacs.

Olimpia se puso en pie violentamente. Antes de que pudiera pronunciar palabra, su madre se acercó al oficial.

—Os agradezco vuestros informes, y ahora id a buscar al capitán Kovacs y rogadle en nuestro nombre que venga a jugar al «bridge».

El tono de su voz no admitía réplica. Al cerrarse la puerta, Olimpia levantó su pálido semblante.

—Mamá, permítame retirarme. Me siento incapaz de verle de nuevo.

—Tienes que permanecer aquí. Yo me encargo del asunto.

Minutos más tarde, el capitán se hizo anun-

ciar. Venía de excelente humor. Sus ojos chispeaban y el color había subido a sus mejillas.

—Ha estado bebiendo—pensó la princesa.

—Mis respetos, princesa. Vamos, pues, a jugar al «bridge», después de todo.

Siguió un silencio embarazoso. Olimpia volvió la mirada a la ventana. Kovacs continuaba sonriendo. Al ver al coronel, retrocedió.

—Soy el coronel Krehl. En nombre de la ley os ordeno revelarnos vuestra verdadera identidad.

Kovacs rió exageradamente.

—¿Para eso me habéis hecho venir, princesa? ¿Se trata, sin duda, de algún nuevo juego?

—Vamos, es inútil negarlo, Mejrovsky. Sabemos quién sois... ¡Un ladrón, un estafador, un saltador de caminos!

Kovacs se encogió de hombros. Haciendo una reverencia y dirigiéndose, no a la princesa Eugenia, sino a Olimpia, declaró:

—Es verdad... Soy Mejrovsky. Estoy a vuestra disposición.

—Quedáis arrestado, en nombre de la ley.

La princesa se adelantó:

—Os lo suplico, coronel... No seáis impaciente... No arrestaréis a nadie. Es preciso evitar un escándalo que podría herir nuestra reputación. Sois un soldado, pero también sois

padre de familia, sin duda. Pues bien, este hombre tiene que escapar. Los detalles los dejo a vuestro cuidado. Pero es preciso que escape. ¿Comprendéis, coronel?

—Comprendo, Alteza.

La puerta se cerró tras él.

Solo con ellas, Kovacs declaró, inclinándose nuevamente:

—Gracias, princesa, pero no pienso escapar.

La princesa Eugenia quedó sorprendida. ¿Qué no discurriría este hombre?

—¿Por qué he de huir? No sería la primera vez que voy a presidio. Sé ya cuál es la pena que me espera...

Y dirigiendo a Olimpia una mirada audaz e insinuante, continuó:

—Los diarios de París se disputan la publicación de una serie de artículos míos: «Las aventuras de Mejrovsky en la Corte Imperial de Austria». Imaginaos mis artículos en un diario con un millón de ejemplares de circulación...

—¡Se trata, pues, de un chantaje! Decid, ¿cuánto queréis por desaparecer sin hacer ruido y para siempre?

—No quiero dinero.

—Hablad, amigo mío. Confiadme vuestros deseos.

—Bien.... Desearía hablar con Su Alteza, la princesa Olimpia... a solas.

Por primera vez, Olimpia abrió los labios:

—Si tenéis algo que decirme, hablad: os escucho.

—He dicho a solas, princesa. Si cambiáis de parecer, me encontraréis en mi pabellón, al extremo del parque... Tengo que escribir... Necesito terminar unos artículos...

Madre e hija quedaron solas.

—¡No puedo hacer eso, mamá!... ¡Me niego!... ¡Qué hombre! ¡Canalla!... ¡Por favor, mamá! ¡No me mires así!...

—Hija mía, el caballero ladrón se dirigió a ti, no a mí. Como viste, rechazó mi ofrecimiento. Cualquier escándalo provocaría nuestra ruina. Tendríamos que abandonar el país. Tu padre no podría sufrir la deshonra... Preferiría... la muerte.

Aquella noche, Olimpia se dirigió a paso firme hacia el pabellón. Llamó a la puerta, y cuando Kovacs abrió, ella entró rápidamente, sin mirarle.

—¿Por qué me habéis hecho venir aquí?

—No os he hecho venir yo, princesa. Venís por vuestra propia voluntad.

Éxitos y fracasos de la ★ ★ ★ ★ semana cinematográfica

RIALTO

Harold, detective, que ajeno a los numerosos peligros que le acechan, se introduce en una inmundicia cueva de bandidos del célebre barrio chino, prestándose esto a innumerables escenas cómicas y trucos graciosísimos, es el argumento de «¡Qué fenómeno!», estrenada con gran éxito en el aristocrático Rialto.

Ted Wilde y Clyde Bruckman, directores de este «film», han sabido verter en sus escenas toda la gracia y el humorismo propios de una película, en la que Harold iba a ser protagonista.

Por una parte, la gracia peculiar y personalísima del artista, su mímica tan expresiva, su cara de miedo ante lo inevitable, y por otra, el poder sugestivo de los trucos, componen un conjunto tan saturado de humorismo, que tuvo al público que acudió al estreno en una continua y sonora carcajada.

El tercer estreno del Rialto constituye un nuevo éxito para Adolphe Zukor y Jesse Lasky, que con la Paramount van acrecentando sus triunfos.

Muy bien supieron secundar a Harold Lloyd la gentil Bárbara Kent, Noa Young, Charles Middleton y William Walling, quienes aportaron sus dotes personales para colaborar al éxito.

PALACIO DE LA MÚSICA

Por fin la tan esperada obra mundial, famosa entre todas las de su estilo, «Sin novedad en el frente», de Erich María Remarque, podrá verse adaptada a la pantalla a partir de hoy en el salón del Palacio de la Música.

Erich Marai Remarque, autor de «Sin novedad en el frente», relata en la obra su propia odisea. Tenía diez y siete años cuando marchó a la guerra con sus compañeros de colegio, y fué su maestro quien les incitó a que se alistaran. En la obra ocultó su personalidad bajo el nombre de «Pablo Baumes».

El día que expresó en casa su deseo de marchar al frente, su padre le felicitó y le dijo que marchara, pero las lágrimas y ruegos de su madre por poco le hacen desistir. Cuando Remarque presenció la proyección sonora de la versión cinematográfica que de su obra hizo la Universal quedó embargado de emoción. La película es una fiel producción del libro, y los terribles recuerdos evocados por aquellas escenas le afectaron hasta el punto de privarle del uso de la palabra. Remarque está muy satisfecho de la película y ha felicitado calurosamente a la Universal por su labor.

Los principales intérpretes de esta cinta, son Lewis Ayres, Lanis Wolheim, Jonh Wray y Slim Summerville.

CALLAO

Con un éxito verdaderamente extraordinario, fué estrenada en esta aristocrática sala la primera película de la nueva estrella española Conchita Montenegro, «partenaire» de Pamplinas en esta ocasión. El «film» es una divertidísima sátira de las películas de guerra y en él alcanza el gran Buster Keaton las cumbres de lo cómico y nuestra gentilísima compatriota se muestra como una consumada actriz. Ha sido su presentación al público español en la pantalla un resonante triunfo del que puede sentirse orgullosa.

SAN CARLOS

«El diablo blanco», de Joan Mosjoukine, que tan buen éxito obtuvo en el Palacio de la Música, se proyecta ahora en el cine San Carlos, la afortunada sala tan favorecida por el público madrileño.

Se anuncia el estreno riguroso de la soberbia producción de la Fox «El último de los Vargas», totalmente hablada en castellano.

CINE MADRID

De L. Vadja, «La sortija imperial», por Ivan Petrovich y Lil Dagover, es una película de ambiente principesco.

Los amores o más bien las calaveradas de un joven barón con la princesa de Letonia. Romanticismo, pomposidad, desafíos, grandeza imperial y al final un arreglo amoroso del galán con la azafata de la princesa.

SAN MIGUEL

Sigue el éxito de la producción española «La aldea perdida».

Los aficionados a regocijarse con las comedias de Buster Keaton (Pamplinas), pueden ver a éste en el cine San Miguel, en su producción últimamente estrenada en el Palacio de la Música, «Estrellados».

Este hombre, que nunca ríe, hace reír, sin embargo, al público que acude a los salones a alejar de sí la neurastenia con las graciosas situaciones creadas en esta cinta.

PALACIO DE LA PRENSA

Lo que constituyó uno de los éxitos de la temporada en el Real Cinema, sigue triunfando en el Palacio de la Prensa ante la admiración del público «Tarakanowa».

EL FILM DE LA SEMANA

Es el divertidísimo de Harold Lloyd, que se proyecta en Rialto, «¡Qué fenómeno!» y que hace las delicias de aquel selecto público. El célebre actor de las gafas alcanza en este «film» la cumbre de lo cómico.



TIVOLI

Ahora se proyecta en esta hermosa sala, con éxito grandioso el emocionante «film» de Gloria Swanson, «La intrusa».

EUROPA

«El precio de un beso», por Mona Maris, Antonio Moreno y José Mojica, puede verse estos días en el popular salón cuatrocaminero. Es una película totalmente hablada y cantada en español que gusta a todos los públicos.



Conchita Montenegro y Pamplinas en una escena de «¡Qué fenómeno!»

HAROLD

El acontecimiento del día
en el aristocrático

CALLAO

con la divertidísima
comedia

DE FRENTE MARCHEN

por **Buster Keaton (Pamplinas)**
y **Conchita Montenegro**



Film hablado totalmente en español de
la **Metro-Goldwyn-Mayer**

La entrada a la imprenta es de un aspecto encantador. Preciosas y risueñas muchachas trabajan con verdadero interés, ataviadas con sus correspondientes «monos», que las hacen aún más encantadoras. Puede decirse que están «monísimas».

El ruido de las máquinas es más suave, parece como si temiesen molestar demasiado a estas nuevas y lindas trabajadoras de las artes gráficas.

Nos dirigimos al departamento que ocupa Blanquita Pozas, regente de la imprenta, que nos recibe con esa extraordinaria simpatía que la caracteriza. Nos ponemos con ella al habla inmediatamente.

—¡Por favor! ¿Vienes a descubrir el secreto de esta imprenta?—nos dice.

—Vengo a comprobar, detalle por detalle, lo que aquí se hace, para dar de ello cuenta a los lectores de ¡TARARI!

—Quizá les interese más a las lectoras, pues esta imprenta está hecha por y para mujeres.

—Pues ya puedes empezar.

—«La Imprenta del Amor» no es, ni mucho menos, como otra cualquiera, pues aparte de que aquí todas son mujeres—cajistas, linotipistas, maquinistas—, está fundada única y exclusivamente para proporcionar a nuestras clientes el hombre soñado tal como ellas lo llevan en su imaginación.

—Explícame eso, que es muy interesante.

—Pues es muy sencillo. Aquí se presenta una señorita diciendo que desea casarse con un hombre moreno, por ejemplo, alto, de ojos azules y de mirada tierna



Amparito Sara y Consuelito Jiménez componen, mientras Aurora Sáez empina el botijo y Blanquita Pozas, regente de la imprenta, habla con nuestro colaborador Atienza.

de carnero moribundo, o rubio, por el contrario, que no se haga la permanente, pero que hable esperanto y que sea de buena familia y yo, que soy la encargada, tomo buena nota del pedido y la digo: «Señorita (o señora, pues hay casadas que piden suplemento), dentro de una semana tendrá usted un marido a su gusto». A las casadas hay que decirles otra cosa; pero sin molestarlas, ¿eh? Aquí somos muy finas y sabemos tratar muy bien a la parroquia.

—¿Y es posible que en una semana puedan ustedes proporcionar a una señorita una cosa tan difícil de encontrar hoy?

—¿El qué?

—Un hombre.

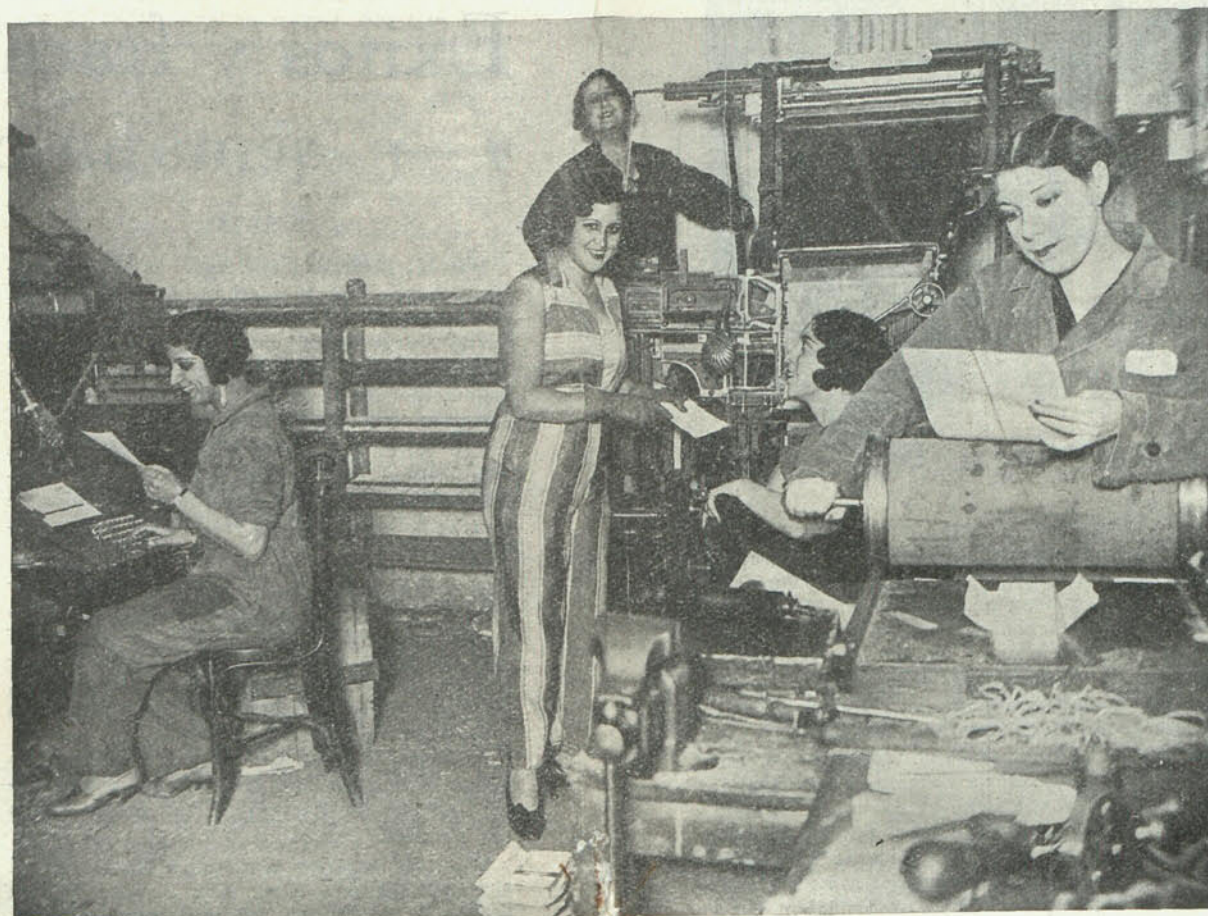
—Pues lo encontramos, no lo dude usted.

—¿No lo creo! Es imposible.

—Nada de eso. Escuche. Yo entrego la nota con el pedido que me confían a Conchita Constanzo, que es jefe de máquinas y ésta, a su vez, la entrega a Amparito Sara, que se encarga de hacer un dibujo exacto del hombre soñado. Una vez hecho esto, el dibujo pasa al fotograbador, mientras la Constanzo manda componer un suelto con todos los detalles y señas del hombre que se busca y que la mujer quiere, el cual, una vez ajustado, entre en máquina y de allí sale un retrato que totalmente parece tomado de la realidad.

—¿Luego la cliente se tiene que conformar con el retrato?

—No; de ese retrato, se hace una tirada, que luego es repartida entre los espectadores de los teatros en que actuamos, para lo cual entre las obreras existen representantes de los tres teatros frívolos de Madrid. Los espectadores leen el im-



Amparo Sara saca una prueba y la Constanzo da original a la Sáez. Salambó a la linotipia.

— LAS ARTES GRÁFICAS, Y LAS ARTES FRÍVOLAS —

La imprenta del Amor

Fundación: Blanquita Pozas-Conchita Constanzo



La Sara, la Pozas, la Constanzo, la Salambó y la Sáez echan un cigarro en un descanso del trabajo.

preso, y como en él se da cuenta de todas las condiciones que exige la solicitante, si pide uno moreno y alto, por ejemplo, y el que lo lee no es ni una cosa ni la otra, se dedica a buscar entre sus amigos quien reúna esas cualidades, con lo que él, por proporcionarlo, se gana una bonita comisión.

—¡Vaya un papelito! ¿Y tenéis muchas clientes?

—Muchísimas, y muchos éxitos también.

—¿No se ha dado nunca el caso de que no acuda ninguno al llamamiento?

—Al llamamiento de una mujer, acuden siempre los hombres en España. Son muy aptos para la galantería y yo creo que es al único llamamiento que acuden. Claro que alguna vez tampoco han acudido al nuestro; pero entonces la señorita tan poco afortunada recibe una ampliación en color del objeto soñado ¡y tan contenta!

—¿Qué operarias tenéis?

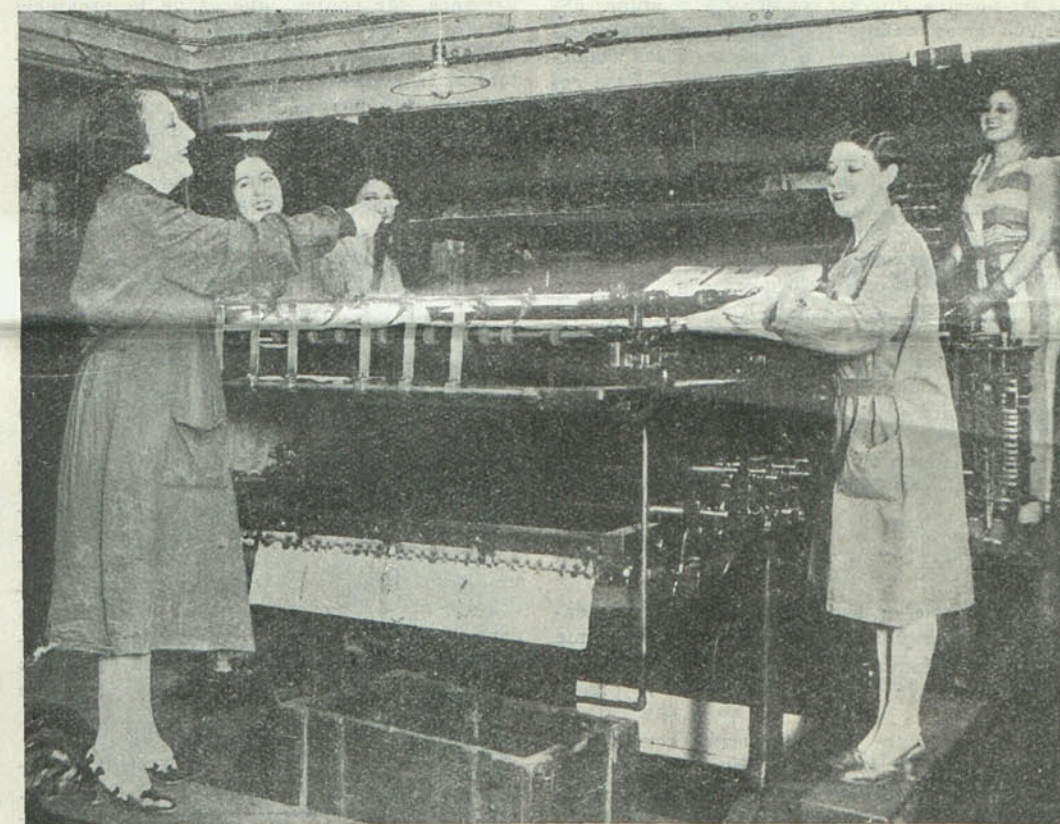
—Además de Conchita Constanzo y yo, que como ya sabes somos las fundadoras y dueñas del negocio, colaboran en nuestra obra Amparito Sara, Aurorita Sáez y Consuelito Jiménez, «Salambó».

—¿«Salambó», la de Flaubert?

—No. Consuelito creo que le habla a otro chico. Ese Flober no tiene nada que ver con «Salambó».

—¡Ah! Creí que era el autor...

—¡Ca! No conozco ningún autor que se llame así. Por lo menos, no ha colaborado con Franco Padilla ni con Penella nunca. ¡Como no sea extranjero!...



Blanquita Pozas mete en máquina el número, secundada por Conchita Constanzo, Aurorita Sáez, Amparito Sara y Salambó, reinas de las Artes Gráficas.

—Puede; pero, volviendo a lo de la imprenta...

—¡Que somos una maravilla de obreras, chico! Lo mismo trabajamos en la platina que en las tablas, con el plomo que con la música, aunque hay música que es más pesada que el plomo; lo mismo repetimos la composición de un número que hacemos la composición de un molde (siempre entre «tipos»), que nos sentamos en las linotipias, que ajustamos las formas (esto también lo hacemos en la escena), que metemos un número en máquina y lo repetimos más que en el teatro cuando dirige el autor.

—¿Más todavía?

—Más, aunque te parezca imposible.

—¿Qué trabajo prefieren ustedes? ¿Tarjetas de visita, esquelos de defunción, folletos, diarios, semanarios?...

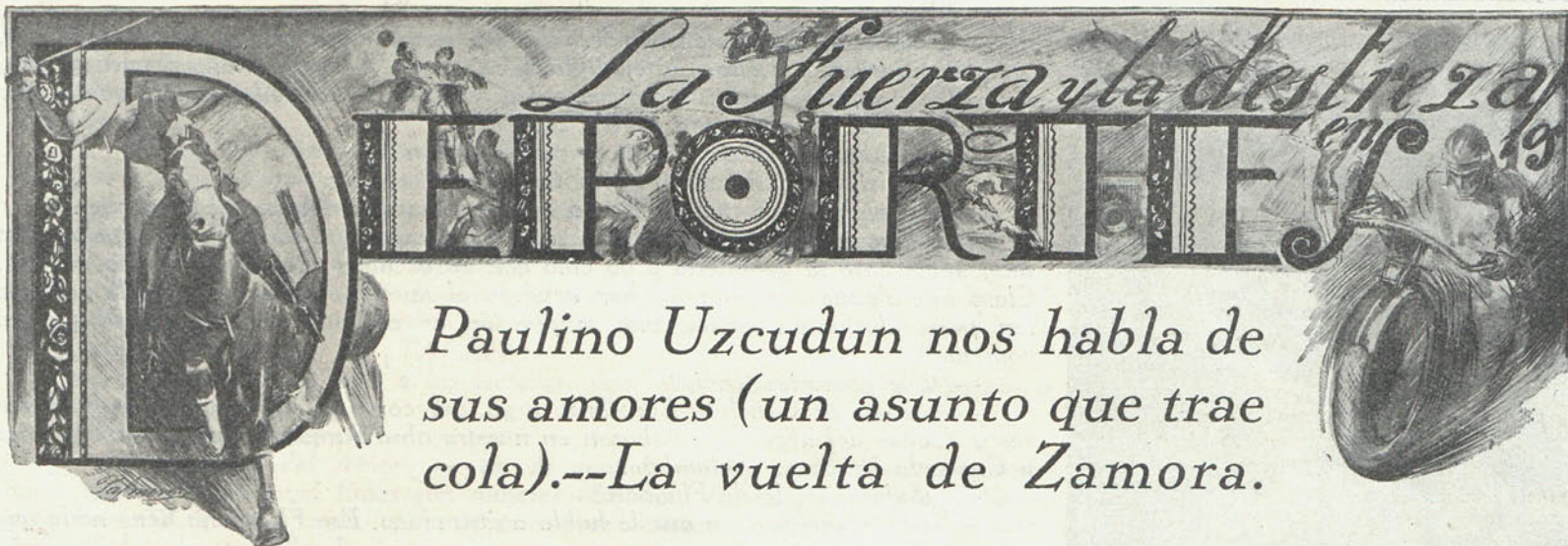
—Nosotras preferimos las revistas, sobre todo si son como ¡TARARI!, tan simpáticas... Además, ¡TARARI! nos suena tan bien... ¡Tararí! ¡Ta-ra-rí!... ¿No tiene algo de marcha o de pasodoble torero?

—¿Y les gusta a ustedes el pasodoble?

—¡Y la marcha!—dice entrando esa regia mujer que es Conchita Constanzo, la popular «vedette» de Romea.

Acompañados de ella y de Blanquita Pozas, visitamos la imprenta. El gran Luque, a medida que recorremos los talleres, va tirando magnesio. Entre los gritos de las chicas, los fogonazos y el humo, creemos estar haciendo otra clase de información de actualidad y no un reportaje frívolo para ¡TARARI!

JOSE ATIENZA



Paulino Uzcudun nos habla de sus amores (un asunto que trae cola).--La vuelta de Zamora.

Nuestro director recibió hace unos días el siguiente telegrama fechado en París: «He leído lo de mis amores. O viene uno a hablar conmigo, o voy yo.—Paulino».

Y nuestro director se echó a temblar. «Si viene y se enfada—dijo para su colete—no quedan ni los restos de esta casita tan coquetona que tenemos los de ¡TARARI!. Pero como es hombre de grandes recursos, se dirigió a nuestro compañero deportivo y haciéndose el «lipendi» le dijo:

—¿Qué tal le parecería a usted un viajecito a París? Champán, mujeres, luz, alegría, cabarets... Por dinero no ha de quedar; gasta usted lo que quiera... Ande, hombre; anime-se. «Moulin Rouge» le espera con los brazos abiertos, y en él, las más hermosas mujeres.

—¿A qué hora sale el tren? Y ya me dirá, querido director, qué es lo que pasa.

—Nada, nada. Usted se marcha, y en Hendaya recibirá un telegrama con instrucciones. ¡Ah, llévase un poquito de árnica y unos cuantos paquetitos de algodón...

—Pero... ¿Qué pasa? ¿Quién me va a pagar?...

—No, hombre, no. Es... por si hay un descarrilamiento. ¿Qué le parece a usted Paulino Uzcudun?

—Pues que es muy bestia; no me agrada-ría tener ningún disgusto con él porque me conozco y sé que...

—Pues, nada; que la Magdalena le gufe... * * *

Y he aquí en París a nuestro compañero. Pero su llegada fué muy distinta de como suponía él. En Hendaya le entregaron un despacho anunciándole que debía entrevistarse inmediatamente con Paulino Uzcudun. Ignoraba el hombre para qué; pero suponía que no debía ser para nada agradable. Desde la estación se dirigió al hotel donde se hospedaba Paulín, y le hizo pasar una tarjeta.

—«No hicieron más que pasarle mi tarjeta—dice—en la que se consignaba mi condición de redactor de ¡TARARI!, cuando le oí que decía desde dentro: «A ese le voy a dar yo «p'al» pelo. «Pa» que no me metan en líos o así. Que le preparen la cama a ese desgrasiao.» Y así fué, en efecto. Yo, al verle, me puse muy fino y quise darle la mano; pero él fué y me dió, de primeras, un capón. Y luego, encarándose conmigo y enseñándome los puños me dijo: «¡Yo no soy un castigador; pero tampoco soy un primo». Comenzó a pasearse furiosamente, y cada vez que pasaba por mi lado me daba una patada. Yo, para que no se enfadase más, me sonreía; pero se puso hecho un basilisco. «Con que risitas, ¿eh?...» Tuve que refugiarme detrás de la mesa. Entonces se echó a reír y me dijo: «Bueno, para que veas lo bruto que soy, te perdono. Toma, te regalo mi boina». Esto me tranquilizó sobremanera, y después mi bienestar fué en aumento cuando me mandó al estanco por una cajetilla. Cumplí rápidamente el encargo, y al regresar le encontré muy cambiado:

—«Sí, amigo mío; yo tuve que ver con la señorita Esparadrapeti; pero fué un ratito nada más. Me dijo que estaba dispuesta a volverse loca por mí, porque para eso éramos paisanos. Me confesó que es de la provincia de Soria. Yo, al principio, no quería nada con ella, porque como ya es vieja y dice palabrotas, la gente nos miraba cada vez que ella me pedía un pitillo. Yo estaba enamorado de ella. Pero lo que me obligó a abandonarla era su afición al vino. Recuerdo que una tarde en Brooklyn se bebió cinco vasos de leche...»

—¿De leche?—pregunté extrañado.

—Sí, hombre; no sea usted burro. De leche. ¿No sabe que allí existe la ley seca y no se puede beber vino?

—¿Y por qué se pelearon ustedes?

—«Oh, lá, lá, mon ami». Usted quiere saber demasiado. Si no llega a ser por ese hijo...

—¡Ah!, ¿Pero...?

Paulino se puso muy colorado y se puso a cantar en vascuence.

—Sí, tenemos un hijo—dijo luego—. El es un poquito mayor que yo, dos años nada más; pero le quiero tanto... Debe tener ahora treinta y cinco años... Si le viese usted cuando juega al «cané» o a justicias y ladrones... Da gusto; hace siempre de ladrón y nunca puede echarle mano la «bofia». A mí me quitó una cartera con más gracia... Ahora que le sacudí una somanta, que si la pobrecita madre no se pone flamenca y me contiene, yo creo que lo mato.

—¿De manera que ella...?

—Sí, hombre; es como yo; por eso me gustaba. Las mayores tortas me las ha dado ella.

Recuerdo que una vez me sacudió un guantazo que me salió un golondrino. Y el caso es que no me hizo más que así...

Aquí se pierden los recuerdos de nuestro compañero. —Ya no sé más—dice—. Cuando volví en mí estaba en la Casa de Socorro. Al poco rato vino un gendarme con un sobre que me enviaba Paulino. «Eso es dinero», pensé yo; pero lo que me remitía era un retrato de Josefina Baker y dos billetes del Metro. Dentro venía una carta en la que me rogaba que le devolviese el importe de tres pitillos que me regaló...

Por nuestra cuenta, añadimos que Paulino ha obrado con gran cautela y no ha soltado prenda. Ha reconocido, en efecto, que tiene un hijo de treinta y cinco años y que quiere desprenderse de él.

¿Hay derecho a que un padre se desentienda así de sus hijos?

¿Sabe esto el señor García Molinas?

Es un desnaturalizado, o así...

EL DUENDE DE LA COLEGIATA

* * *

El domingo parecía la carretera de Chamarín, la que conduce al acreditado Cerro de los Angeles en día solemne. Niños de los colegios, comisiones de los luises, niñas casaderas, co-

misiones de diversos y prestigiosos institutos, sacerdotes magníficos y opulentos... ¿Qué pasaba? Pues casi nada; que Zamora, D. Ricardo I nada menos, iba a entrenarse; pero que por las buenas, después de la forzosa inactividad que le impuso la lesión que ha padecido. Le acompañaba un señor muy feo, pero muy bueno. Este señor era don Antonio Oller, el ilustre médico que ha sabido reducir el percan-ce y que ha devuelto a Zamora a los aficionados de Madrid. Se llenó la tribuna y la meta donde el ídolo realizó su labor parecía la salida de un colegio. Y allí, D. Ricardo I, rodeado de chaveas, repriso sus mejores actuaciones ante el asombro de quienes presenciaban tanta maravilla.

Quedó encargado de chutarle el viejo Cosme. Comenzó la cosa con mucho cuidadito.

—Ahora, por la izquierda—decía Oller—. ¡Vamos a ver, un tiro por alto; uno a ras del suelo...

Y Zamora lo paraba todo. Pero se calentaron los ánimos. Cosme estaba indignado porque Zamora le paraba todo, y éste también lo estaba porque no le tiraban fuerte. Y el «negro» se lió a largar chutazos imponentes mientras el gran Zamora se superaba casi... Como sería ello, que don Antonio Oller tuvo que decir: «Prou».

Al final, Zamora se vió obligado a regalarles una fotografía a los espectadores más entusiastas, y hubo uno que se empeñó en guardar como recuerdo los calcetines del ídolo.

Para que luego vengan hablándonos de los toros...



El inmenso Zamora que ha vuelto a los campos futbolísticos y cuyo primer entrenamiento ha constituido un un gran triunfo



Unos minutos con Roberto Rey.-Los bulevares.-Su viaje a América.-El «Café de la Paix».-El «Ile de France»

El París grandioso del mareanté torbellino, tiene también en sus entrañas rincones y lugares comunes, en los cuales se suele experimentar—la casualidad existe—la sensación del inesperado encuentro con seres que, arrastrados por no sé qué móviles, proyectan también su sombra por los boulevares parisinos.

Hoy, en el café de la «Paix», en la Plaza de la Opera, por una de esas grandes coincidencias que atestiguan la existencia de la casualidad, he tropezado de improviso con Roberto Rey. El Roberto cinematográfico; porque el del Registro Civil no es Rey, sino Iglesias.

—¡«Mon cher ami»!

—¡Y tú! ¡Qué tal! ¿Siempre haces cine?

—Sí. Y ahora con más éxito que nunca. Te participo que mañana dejo París. Paramount acaba de renovarme el contrato y me «fletan» para Hollywood.

—¡Cuánto lo celebro, chico!

—«¡Garzón! ¡Deux demies bien pleines!»

—¿...?

—Parece que mi último «film» les ha entusiasmado. «Honey», una opereta, que acabo de filmar en Paramount y a raíz de ello ha venido esto del «viajecito»...

—¿...?

—¿Mi carrera en el cine? ¡Bah, cortísima! Sólo data de unos pocos meses. Después de peregrinar por los estudios de París, tras los directores, conseguí un pequeño «rol» en una película muda. Creo que lo hice bien. Me valió ello para que Paramount incluyera mi nombre en el reparto de «Un hombre de suerte». Este «film» me trajo el primer contrato.

Roberto me habla de una manera que sus palabras parecen estorbarse unas a otras y las moja con sorbos de cerveza. Quiere contármelo todo. De pronto, las ahoga completamente «volcándose» el «medio» y hace «fondo blanco»...

—Desde entonces ya Paramount no me ha dejado escapar. Hice con ellos otros «films» más, hasta culminar en «Honey», que me ha traído el ver colmadas mis aspiraciones, al convertirse en realidad mi sueño de todas las noches. De todas las noches desde hace no sé cuántos meses. Y con un ademán extraño y violento a la vez, extrae de su bolsillo interior



El popular Roberto Rey («née» Roberto Iglesias), estrella de la Paramount, que ha embarcado para Hollywood.

su billetera. La abre sobre la mesa y desenvuelve un papel impreso... ¡Aquí está el pasaje! ¡Y de primera clase! ¡Y en el «Ile de

SIGUE TRIUNFANDO

en el majestuoso

RIALTO

en

¡Qué fenómeno!



HAROLD

LLOYD

Es un film PARAMOUNT

France»!—exclama, tan contento como un niño con un juguete nuevo...

—«¡Garzón! ¡Ancore deux demies!»

Da gusto entrevistar tipos como este simpático Roberto, que lo cuentan todo y para quienes no hay que usar tirabuzón y extraer medias respuestas.

—¿Y qué harás en Hollywood, Roberto?

—Pues filmar, filmar y filmar. ¿Qué más quieres que haga?...

—Pero, ¿y del corazón?...

—De «eso», nada puedo adelantarte. No tengo amor ni he pensado aún en suicidarme, digo, en casarme. La vida es linda, linda...

—Pero quizá pueda serla aún más bella de otra manera.

—Me conformo, y mucho, de cómo lo es para mí hasta ahora... Solo, siempre solo...

—¿Siempre?

—Sí. Siempre.

—¿Y qué más me dices para los lectores de ¡TARARI!?

—Pues le envío a cada una de las «lectoras» un «cachito» de mi corazón...

—¿Y a los «lectores»?

—Mi ¡adiós! sincero.

Cae la tarde, los boulevares se ven asediados de circulación, empiezan a adornarse con la caravana interminable de «midinettes» que salen de su trabajo. Hemos dejado el café de la «Paix» y caminamos rumbo a la Madeleine.

—Me voy al hotel a dar el último toque a mi equipaje—me dice Roberto.

Su alegría, salpicada de nerviosidad, se le manifiesta en todo; y rompiendo brecha entre la multitud que pasea su estío por el boulevard, entre ese desfile de apetitosas parisienas, noto que ninguna de esas caras bonitas logra distraer la atención y el pensamiento de Rey, que están clavados en Hollywood...

ISMAEL SOLARI AMONDARAIN

París, diciembre 1930.

TEATRO FONTALBA

Todos los días, tarde y noche

¡Éxito inmenso y clamoroso!

* del sainete madrileño de *

LUIS DE VARGAS

La de los claveles dobles

Triunfo insuperable de

CARME DÍAZ



En Edmond de Bries renace el alma de la Fornarina, por lo cual, Charles Farrell le reclama desde Hollywood para filmar con él una película

Camerino de Edmond de Bries, en La Latina, a la conclusión de la función de tarde. El teatro en silencio. En la puerta del pasillo, el renombrado imitador entabla un diálogo «de portería» con el cronista.

—¿Y cómo se le ocurrió a usted meterse «a esto»?

—Pues ya verá usted. Cuando yo tenía catorce años, residiendo en Cartagena, donde tuve el alto honor de venir a este mundo, tuve ocasión de ver actuar a un por entonces conocido imitador de estrellas que le llamaban Ernesto Foliers. El trabajo me sorprendió, lo confieso y pocos días después, en un fiesta familiar hice una caricatura del trabajo de Foliers, que divirtió sobremanera a la reunión.

—Siga usted.

—Yo mismo me confeccioné unos trajes muy cómicos. ¡Figúrese usted! aquello resultaba una cosa muy semejante a lo que ahora hace Ramper; pero a «mi gente», le hacía yo gracia y entonces decidí dedicarme al teatro.

—¿Como parodista bufo?

—Eso es. Por cierto que yo me fragué un sombrero de lentejuelas, copiado de uno que lucía Emerita Esparza en una tarjeta postal, que fué mi revelación como modisto.

—¡Es curioso!

—Me vine a Madrid y debuté en el teatro de la Encomienda, una barraca muy pintoresca, donde también hizo su primera actuación en la corte ¡Raquel Meller!, cantando la pulga, y donde alcanzaron grandes éxitos el malogrado Luis Esteso y Rosarito Calzado, cuando era una niña.

—¿Y gustó usted?

—Un horror. Cuando bailaba la rumba con una toalla engurrugada en el solar del pecho, los tíos se volvían locos, porque decían que lo hacía más a lo vivo que la Chelito.

—¡Pues ya es mérito!

—Me movía más de prisa que una locomotora. ¡Cada vez que me acuerdo! Yo imitaba a la Preciosilla, a la Goya, a la Lulú; pero, todo lo hacía en cómico. ¡Qué de patochadas, Dios mío! ¡Y qué llenos! Entonces trabajaba yo con el

nombre de Salmar y era un caso de verdadera locura. Hasta que un día me vió trabajar la Fornarina y me aconsejó que hiciera aquello mismo en serio. Por recomendación suya fuí a ver a Bertín, un famoso imitador de estrellas francesas. Fornarina me alentó tanto, que después



No es ésta una mujer como parece, y bastante guapa, sino un hombrequito con toda la barba: Edmond de Bries el popular imitador de estrellas

de verla trabajar a ella cambié de rumbo y formalicé mi orientación.

—¿Es posible?

—Sí, señor. A ella debo cuanto soy. Me confeccioné un vestuario nuevo y magnífico y tras muchos esfuerzos logré presentarme en Price con el nombre de Edmond de Bries. Y quiso mi suerte que

yo alcanzara un grandioso éxito. A diario se llenaba el Circo de un público que me encumbró a la altura que hoy me encuentro.

—Estará usted contento...

—Bastante. Después de diez años de carrera, el público me sigue favoreciendo con su atención. Claro que nunca faltan las consabidas «leonas» que se amargan por mis triunfos; pero yo no las hago caso y continuo tan alegre y cancanesco, inundando los escenarios de plumas y mantones, pedrerías y tisúes. ¿Quién dijo penas? ¡Ah!

Y el popular artista, ahora más joven y alegre que nunca, en un paso de cancan, levanta al dar el grito un pie a la altura de su cabeza.

—Estoy más animoso que nunca—prosigue Edmond—Ciertamente que no conservo nada de lo muchísimo que he ganado en España y América. Todo mi capital lo tengo en vestuario y decorados. Pero, como a Dios gracias salud y entusiasmo no me faltan, pues... usted verá. ¿Quién dijo penas? ¡Ah!

Y otro pasito cancanesco.

—Advierto que está usted hoy de muy buen humor.

—Usted calcule. Acabo de firmar una «tournée» por Bélgica de seis meses y además, ¡entérese!, Charles Farrell, el famoso galán de la pantalla americana, ha indicado su deseo de que se me contrate para interpretar con él una película que es una maravilla de originalidad.

—¿De veras?

—Como usted lo oye. Uno de estos días me harán unas cuantas pruebas y si resulto, inmediatamente a Hollywood. ¡Buen trasatlántico y buena cosa! ¡Greta Garbo tendrá que tenérselas tiesas conmigo!

—Vencerá usted, seguramente en eso. Usted es un prodigio de elegancia y de frivolidad. Es usted más femenino en escena que las mismas mujeres.

—Yo tengo la seguridad de que encarno el alma de la Fornarina. Fué mi artista ideal. Ninguna ha dominado como ella el secreto de la coquetería. Cuando estoy trabajando, muchas noches me hago la ilusión de que yo no soy yo, sino ella.

—Es extraordinario.

—Vea usted el retrato de Fornarina junto al espejo de mi tocador. En un lado ella y al otro Nuestro Señor del Gran Poder. Son las dos pasiones espirituales de mi vida.

—¿Y las otras... las materiales?

—¡Por Dios! No me hable usted de la guerra. ¿Quién dijo penas? ¡Ah!

Y el divertido artista, idolatrado por millares de espectadoras y casi tantos espectadores, da por terminado el diálogo con su tercero y último pasito de cancan.

El cronista, contagiado, al salir a la calle, siente la comezón también de dar un grito y exclamar levantando el pie a la altura de un farol:

—¿Quién dijo penas? ¡¡¡Ah!!!

CARLOS FORTUNY

Custodia Romero en el Fuencarral y Clarita Carbonell en la Latina

«La Venus de Bronce», la gran bailarina gitana, reina de la bellaza y del baile, nos ha hecho la ofrenda de su arte durante varios días en el teatro Fuencarral, consiguiendo renovar ante nuestro público sus triunfos del Avenida, de Eslava y de la Comedia, que la colocaron a la cabeza de nuestras artistas coreográficas.

Al mismo tiempo, se revelaba en la Latina una nueva bailarina, Clarita Carbonell, que viene a ocupar un primer puesto entre nuestras estrellas. Clarita Carbonell es una artista que nada tiene que envidiar a las más reputadas en su género. Baila maravillosamente, y en otras épocas de mayor auge para las variedades estaría ya colocada en la primera fila. Su éxito ha sido verdaderamente grande.

Con ella volvió a triunfar Lolita Méndez, la estrella de la canción, cuyo arte de cantante le ha dado sólido prestigio.

JULITA OLIVER EN EL IDEAL ROOM

¿Quién es Julita Oliver? El diablo encantador del «music-hall». Rubia, jugosa, sensual, con su carita de ángel y su cuerpo delicioso de diablesa lleva el éxito consigo y no hay público que se le resista. El del Ideal Room le rinde a diario vasallaje y la hace objeto todas las noches de sus más apasionados homenajes. Claro es que ella se lo merece todo.

Conchita Sánchez y Victoria Ortega, otros dos diablos tentadores, que cantan y bailan como las mejores, también escuchan muchos aplausos.

MARUJA GOMEZ EN EL PELIKAN

La belleza, la alegría, la frivolidad se juntan en esta reina joven del cuplé, que sabe dar a las más ingenuas canciones una malicia y una gracia verdaderamente cautivadoras.

Maruja Gómez, que como mujer triunfa junto a las más bellas, como artista puede codearse con las más renombradas estrellas y sus éxitos no pueden

sorprendernos a los que desde largo tiempo conocemos su fina sensibilidad y su gran temperamento artístico. Ella, con su juventud, con su arte y su simpatía, es la dueña del mundo, ese mundo frívolo de las variedades, donde una sonrisa y una canción afortunadas hacen la celebridad de un artista. Marujita, en París, hubiera conseguido a estas horas ser

Cabaret "PELIKAN"

Todas las noches grandes atracciones

GRANDIOSO EXITO DE

HERMANAS GARCÍA
EMILIA RAMÍREZ

y

MARUJA GÓMEZ

El domingo, a las seis de la tarde
THE SOUPER TANGO

más famosa que la Mistinguett. Claro es que Maruja Gómez está ahora en plena juventud y el porvenir es suyo.

Con ella actúan en el simpático Pelikán la deliciosa Carmen Briance, princesita de la canción, que es más rica que las yemas de San Leandro; Emilia Ramírez, otra belleza que, aunque no es to-

Cabaret BARBIERI

GRANDIOSO EXITO DE

Emilia Práxedes

y Berta Adriani



Carmencita Briance, la españolísima artista de la canción, que triunfa en el Pelikán

ledana, es más apetitosa que el mazapán y, por último han debutado las sugestivas hermanas García, que, a pesar de su apellido, son más codiciadas que el turrón de Jijona.

¡Vaya programa succulento el del Pelikán para una Nochebuena!

CELINA EASO EN EL ALKAZAR

Celina Easo es la belleza griega con sales españolas; la bailarina de aristocráticas elegancias y de bizarros desplantes goyescos. Airosa, coqueta, sensual, plena de irresistible simpatía y de gracias refinadas, sus bailes son verdaderos juegos de brujería.

BERTA ADRIANI Y EMILIA PRAXEDES EN FANTASIO

Está la semana de mujeres guapas. ¡Vaya una Emilia y una Berta, las del Fantasio! Si la Práxedes puede ser considerada como una de las artistas más hermosas del género frívolo, la Adriani no le va en zaga. ¡Y qué bailarina más formidable la atrayente madrileña! Toda nervio, sangre, fuego, es la más viva y bella estampa del baile español. Sus ardientes estilizaciones coreográficas la proclaman una de nuestras estrellas jóvenes más interesantes. Ella y Emilia Práxedes dan al simpático Fantasio, con su fino arte y sus espléndidas bellezas, un rango de gran «music-hall».

SALVADOR VALVERDE

TEATRO DE LA ZARZUELA

Pasado mañana sábado día 20

INAUGURACIÓN

de los típicos bailes de la
Zarzuela

Actuación de la laureada

BANDA DE INGENIEROS

que dirige el ilustre maestro

Don Pascual Marquina

Orquesta americana Gulliver

Orquesta argentina S. NEL

Concursos con valiosos regalos



La bellísima estrella del arte frívolo Marujita Gómez que tantos triunfos está alcanzando en nuestros mejores music-halls



**Los cables
de Méjico
Las cartas
boca arriba**

El bonito negocio de criar reses... bravas Algo de la temporada en Méjico

César Jalón, «Clarito», el admirable periodista e inteligente crítico taurino de «El Liberal», en unas declaraciones hechas al no menos gran taurino Ramos de Castro y que publicó «Crónica», pone una vez más sobre el tapete la cuestión del toro combatiendo ardorosamente el poco celo en la crianza y la mucha codicia en la venta de los ganaderos asociados, que son los peores enemigos de la fiesta, debiendo ser, por razón de lógica, los más entusiastas defensores de ella.

Es una vergüenza vez hasta dónde llegan en su afán de lucro los ganaderos de reses bravas. Aquella afición y aquel entusiasmo que mostraban los antiguos por sus toros, yo no existe en los tiempos que corremos. Ya no se cuidan en las ganaderías la casta y la sangre con el celo con que la cuidaban aquellos otros que hicieron de su profesión de ganaderos un verdadero sacerdocio. Hoy no se persigue la calidad, sino la cantidad. El ganadero que antes cifraba toda su ilusión en el telefonema que de su mayoral recibiera al terminar la corrida, llorando de alegría cuando los toros salían bravos y de rabia cuando resultaban malos, ha desaparecido para dar paso a este otro, que sólo siente emoción ante los libros de contabilidad y para el que su única preocupación consiste en empezar la temporada con el mayor número de reses posible para la venta, ya que, amparándose en pasados prestigios y en la buena marcha de su Asociación, tiene aseguradas su venta en los precios que a él le dé la gana cotizar.

Aquel celo y escrupulosidad de los ganaderos antiguos en las faenas de tiente o selección del ganado, es cosa que pertenece a la Historia. Hoy la tiente es una cosa ridícula e inútil. Se tiente mucho ganado inservible y ninguna res de éstas suele ir al matadero. Hoy sirve todo, se aprovecha todo. Al ganadero le importa poco que los toros salgan mansos o bravos. El sólo quiere ganar dinero, mucho dinero, aunque luego en la tertulia del café os diga hipócritamente, que él tiene la gana-

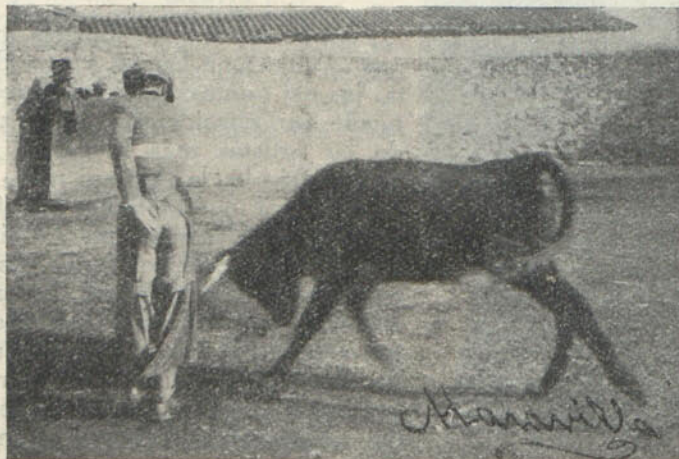
dería por «sport»; que la ganadería le cuesta tantos miles de pesetas al año, como hay algunos que cínicamente os lo dicen.

El ser ganadero de reses bravas en la actualidad, está al alcance de cualquier carnicero, aunque no sepa lo que es un toro de lidia. Unos miles de duros invertidos en una ganadería brava, reportan hoy beneficios que pocos negocios dan. Luego, las molestias del negocio son las mínimas, ya que éste, por regla general está en manos de mayoresales, que con tal de servir los apetitos insaciables de dinero de sus amos, se encargan, destrozando el historial de la ganadería, de la administración y «cuido» de la misma.

No he de terminar estas líneas sin tocar antes un punto cuyo solo anuncio hace temblar a los ganaderos asociados: «Los ganaderos no asociados». La guerra sin cuartel que contra éstos traen, es injusta a todas luces y de una indigna arbitrariedad. Los ganaderos no asociados deben tener, a lidiar sus toros, el mismo derecho que los asociados. Con esto saldrá ganando seguramente el aficionado, ya que a mayor número de reses en el mercado el empresario podrá seleccionar y el ganadero no tendrá más remedio que criar bueno para poder vender.

Pero esto, el ganadero asociado tratará siempre, a todo trance, de impedirlo. Sería el freno a su codicia, la disminución en las ganancias, que serían puestas en terreno razonable y con esto no transigirán ellos jamás. Pondrán más inconvenientes para ingresar en la Asociación, en la cual no se ingresa nunca, ya que siempre existe una dificultad imposible de vencer. Vendrán más multas a las plazas que lidien ganado sin asociar en corridas con picadores; seguirá el veto a la plaza si la multa no se paga y mientras tanto ellos, los ganaderos asociados, acaparadores del mercado taurino, seguirán imponiéndose el patrón de toro que más convenga a sus intereses, haciendo pagar a los empresarios que, en fin de cuentas, son los aficionados, precios fantásticos que no responderán nunca al valor de la mercancía. Y el ser ganadero de reses bravas seguirá constituyendo, según ellos, un «sport», cuando la realidad viene demostrándonos que es el sin cotizaciones oficiales y único negocio sin control, en el que cada cual hace lo posible por encarecer la fiesta, denigrándola al mismo tiempo, al convertirla en campo de acción de los más bajos apetitos comerciales.

Y esto sin hablar del terreno inmenso que ocupan las dehesas y que, sembrado de patatas, daría a España mucho más provecho... y más honra.



El valiente novillero «Maravilla» se entrena en los campos de Salamanca.

La temporada taurina en Méjico, Caracas y Lima ha empezado bajo los mejores auspicios, si hemos de creer los cables que los toreros mandan a España, en los que, naturalmente, ya que como su «dinerito» les cuesta, no se leen nada más que éxitos ruidosos, no apareciendo los fracasos, con haberlos tan grandes, por ninguna parte, y engañando de paso a los cándidos aficionados, que creen capaces a nuestras figuras de comerse los toros crudos allende los mares.

Culpables de esta anomalía son las empresas de periódicos diarios, que olvidando los deberes que para con sus lectores tienen, no dedican la atención debida a las corridas que se celebran en América, al no procurarse por medio de propios corresponsales noticias veraces, que les abstendrían de tener que recibir los del apoderado del torero, que como es lógico, da la nota que le da la gana y que desgraciadamente la mayoría de las veces no responde a la realidad de lo ocurrido. Es indignante y vergonzoso todo esto. Mientras allá en América el torero tira a salir del paso y a torear el número de corridas que llevó contratadas, sin exponer lo más mínimo, ya que tiene la seguridad que sus malas actuaciones no verán la luz en España, sino al contrario, convertidas en muy buenas, el aficionado de buena fe es una vez más el que paga las consecuencias de esta desaprensión, al tener por ídolos toreros sin pundonor y sin vergüenza que, no contento con sus malas actuaciones en la Península, utilizan en cuanto salen de ella el embuste gracias al cable que ellos costean y que tan buenos resultados les lleva dados.

¡TARARÍ! promete tener a sus lectores al corriente de cuantas interesantes corridas se celebren en América, al mismo tiempo que promete desenmascarar a todos esos farsantes del cable diciendo la verdad de lo que nuestros «fenómenos» le «hagan» al toro en esas tierras, a las que no les llevan otro fin que el de lucrarse con grandes honorarios, ya que el de arrimarse está muy lejos de sus pensamientos.

Empezaremos en el número próximo a publicar algo de lo que dicen los más serios periódicos mejicanos sobre las maravillosas faenas del niño de Bienvenida, que no hace más que cortar orejas y rabos, según los cables que de allí vienen.

Desgraciadamente para el niño prodigio, esos diarios y revistas no hablan nada de tales «cortes». Nuestros lectores lo podrán comprobar la semana próxima.

J. MUÑOZ LOPEZ



la música y los músicos

De cómo la compañía rusa del Calderón es una de las agrupaciones líricas y artísticas más notables del mundo

ENTREACTO.—PLUMAS Y BRILLANTES.—LA SILUETA EXTRAORDINARIA Y ESCURRIDIZA DE MONSIEUR D'AGRENEFF.

«BORIS GODUNOV» O ROMAN SAVELIEFF.—PERFILES INDIVIDUALES RELEVANTES Y LOS COROS, LOS COROS Y LOS COROS.

Para darse perfecta cuenta de la brillantez y solemnidad de estas funciones de gala del teatro Calderón, hay que aprovechar un entreacto, esos minutos luminosos, fugaces, recamados de irisadas riquezas suntuarias y trepidantes del zumbido de las conversaciones en tono menor, comentarios entrevesados de sutiles incisos, amorosos, vulgares y profanos, y de fervorosos ditirambos a los artistas que acaban de doblarse en una postrer reverencia—muy rusa, eso sí—de candilejas adentro.

Giran en torno a los ebúrneos escotes los lánguidos abanicos de plumas, esas bellas plumas de colores que ya usaron en sus gentiles flábulos de oro Semíramis, Cleopatra, Popea y tantas otras diosas y reinas del paganismo lejano.

Risas. Sonrisas. Fulgurar de intensas pupilas rimando con los iridiscuentes relampagueos de las piedras preciosas—cascadas de luces temblorosas, milagrosas, sobre exquisitas y perfumadas flores carnales—que apenas brillan tímidamente, en algunos casos, avergonzadas de la competencia.

¿No fué en uno de estos momentos cuando escribió Campoamor aquello de

«Me dicen tus amantes
que como eres tan hermosa,
parecen tus pendientes de brillantes
dos gusanos de luz, junto a una rosa...»

Bellas mujeres y bello espectáculo. Los unánimes comentarios los sugiere el deleitoso momento lírico vivido. La música, la emoción, son todavía en el ámbito de la sala como sutiles serpentinas georgíficas, enroscadas a los seres y a las cosas. ¡Esa Khovantchirra maravillosa!

¿Pero y monsieur D'Agrenéff? Se escurre, desaparece de la sala en el acto. Aún suena la ovación rotunda, cálida, nerviosa, y ya el gran director ruso se ha esfumado como una verdadera sombra. No ignora que ya ha hecho lo suyo.

Gusta de oír el atronador tableteo de los aplausos foso adentro, perdido en las sombras y orgulloso de sus artistas, en los cuales declina todo el honor y toda la gloria de la representación magnífica.

La belleza rubia de la reina se inclina sobre el antepecho del palco, batiendo palmas, mientras exclama:

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso!

Entre la turba municipal y espesa de boyardos, guardias, aldeanos, gentes de



El maestro Grille Slaviansky D'Agrenéff.

Moscú y peregrinos, Román Saveliéff, en el tipo de Boris Godunov, tiene toda la prestancia de un gran artista consciente y responsable, que hace cuanto puede y puede cuanto quiere.

En el sentido artístico, esa misma turba que le rodea se convierte en algo admirable cuando canta. Es entonces un pueblo digno de Boris, y éste merecedor asimismo de su pueblo.

Se realiza en ese instante la suprema unificación armónica, grandiosamente conjuntada, que soñara en sus bellas quimeras de idealismo estético y artístico monsieur D'Agrenéff. Es la parte y el todo, el conjunto y el detalle, la característica, la personalidad, por decirlo así, de la ópera rusa.

Entre las unidades, entre los perfiles de incuestionable valoración relevante, sería injusto no barajar algunos nombres preeminentes: Nina D'Agrenéff, Olga

Monska, la Glotova, Lydie Koretzky, Wladimir Karavia, E. Ritchez, Dievsky, Ignatieff, etc., etc.

Sin embargo, lo excelente, lo máximo, lo imponente, es el coro, la estupenda masa coral que lo absorbe todo y lo llena todo y se sobrepone a todo.

Decorados, vestuarios, luces, detalles accesorios, sería lo mismo omitirlos si quedaba lo sustantivo en escena: las voces. Todos estos cantantes rusos tienen una escuela admirable, unas facultades excelentes, que no utilizan en beneficio personal y propio, sino a la mayor honra y gloria de la colectividad, de la troupe eminente, de Rusia, en fin.

Y así va todo. Esas mismas figuras mencionadas, de indiscutibles y ponderados merecimientos, estrellas con brillo propio, se confunden, se amalgaman, se solidarizan en la gran nebulosa de emoción lírica que es el coro. ¡Sí, sin duda ninguna, el coro es el triunfador!

COREOGRAFIA Y DANZAS.—MADEMOISELLE OLGA POBAJENSKA Y MADEMOISELLE ELYSE GLUCK

¡Pues y los bailes rusos! Algo dicen de su gran mérito artístico, su rápida y definitiva difusión por todos los ámbitos del mundo.

Por sí solos, ellos constituyen un espectáculo insuperable. Luces, colores, indumento, figuras, adornos, movimientos, detalles. ¡Gran sinfonía de arte!

Pero en esta ópera rusa, los bailes es lo de menos: no pasan de ser simplemente lo secundario, lo accesorio.

Las grandes figuras coreográficas de mademoiselle Olga Pobanjeska, de mademoiselle Elyse Gluck y de M. Michel Fedroff, realizan su labor, al frente de sus huestes, como todos, aunando, cohesionando los esfuerzos artísticos en un solo momento apoteósico, triunfal y maravilloso.

Y sin embargo, estas figuras y las ya mentadas, y las englobadas en el anónimo, pero glorioso conjunto, realizaron sus estudios y aprendizaje en los famosos conservatorios moscovitas, pasaron por París, los estilizaron por todo el mundo. Y ahí están sometidos, disciplinados, unificados, como en una gran milicia de belleza y de arte.

¡Llor a todos ellos y a los sublimes Moussorgsky, Glouchka, Borodine y Rimsky-Korsakoff!

JUAN DEL SARTO

EL DISCO DE LA SEMANA

«La reina calé», inspiradísima canción del maestro Penella. Es una preciosa pieza, llena de gracia, de ritmo y de color gitanos, impresionada por Pepita Llasera, la gran cantante de aires regionales. Está hecha en disco Regal.



GRAFICAS NACIONAL.—Abascal, 4. Madrid

itararí!

Pepita Velázquez, la bellísima estrella del cuplé frívolo, se confiesa a los lectores de itararí! y les dice:

Simpático público madrileño:

Aquí me tienen ustedes a mí también, en este popular y delicioso ¡TARARÍ!, más simpático e interesante cuanto más veterano y conocido se va haciendo.

De mí ¿qué voy a decirles que acaso no sepan ustedes hasta en sus más insignificantes detalles?

Sí, soy valenciana, valencianísima, ché, mes valensiá que el pardal de San Chuán, y por lo tanto morena, graciosa y tal: esto como mujer; como artista... ya tendrá usted ocasión de enterarse muy prontito cuando me presente en Madrid con mi compañía de revistas...

¿Que cuándo será esto? ¿Y dónde? Ya lo he dicho, pronto y desde luego en un teatro de postín. ¡Pues no faltaría otra cosa!

Entonces se convencerá usted de que yo, mi personita juncal, lo mismo se canta una romanza o un cuplé, que se baila un fandanguillo o la danza sagrada de Salomé, pongo por ejemplo de danzas estilizadas y clásicas.

No estará de más que les diga que, a pesar de mi juventud—juventud auténtica y comprobable, ¿eh?, no de pega y laboratorio, como hay muchas—he viajado mucho por toda España, por algunas capitales de Europa, y que en todas partes, ¡palabra de honor! he salido airosa, he triunfado, vamos, y hasta he oído gritar más de una vez: «¡Viva Valencia!»

¡Qué gusto! ¡Cultivar una vocación artística y triunfar en ella! ¿Amores? ¿Ustedes conocen a alguna mujer bonita sin ellos? Yo los tengo por necesidad y por... estética. El amor es el encanto, la gracia, la belleza de la vida. ¡Sí, lo más bello! ¡Lo único que merece la pena de ser vivido! Así que, ya lo saben ustedes... Aquí en Zaragoza, hoy por hoy, y mañana en Madrid o en el fin del mundo, mi personita está dispuesta a alegrarles a ustedes la vida con un zapateado o unas bulerías del mejor estilo...



Pepita Velázquez

2
1839

40 43
Dinner

italiani



ROSITA DIAZ
actriz de la Paramount.